

Entelequia

Me paré frente al espejo y le pregunté a mi Alicia interior: ¿quién carajos eres? No hubo respuesta en un buen rato. Me quedé ahí mirando y analizando cada peca. Con el tiempo, algo se fue despertando. Era esa consciencia que me pedía a gritos reconociera que yo era Alicia. La de siempre, sólo que con más ojeras y piel seca.

Sí, era Alicia. Pero no la de siempre. No puedo ser la de siempre frente al espejo, porque cada día distingo algo nuevo. Más estrías, menos brillo, más lonjitas, más sonrisas, menos preocupaciones. A veces un poco más de cansancio.

Distingo en la mirada a mi niña. Esa que buscaba la aprobación parental en todo. Que no podía acortar su nombre en los exámenes que contestaba porque sentía que si no ponía ambos apellidos, hería los sentimientos de sus padres. O que buscaba la compañía de su abuela porque pensaba que era lo máximo. Mi niña lloraba en las noches pensando en el día que no tuviera a su abuela, y desde los 5 años la muerte estuvo presente todas las noches durante un par de años.

Mi niña era moldeable, adaptable, flexible. Estudiosa, pero porque le daba terror reprobar. Odiaba no saber todo, odiaba no participar. Amaba bailar flamenco, pero nunca la llevaron a clases, quizás pudo ser bailarina, pero eso nunca lo sabrá. De mi niña recuerdo esa infantil sensación de la invencibilidad que aún permanece.

Distingo en mis labios a mi adolescente. Esa que buscaba escapar del yugo parental y encontrar la libertad en la CDMX. Una flaca con pelo revuelto que empacó sus sueños en 2 maletas y emprendió la aventura de su vida. Encontró no sólo su capacidad de sobrevivencia sino su resiliencia. Esa pequeña adulta que sintió que el trabajo la dignificó, que la libertad la acercó más a Dios y a un amor menos condicionado con sus papás. Esa adolescente descubrió que la frialdad de una ciudad hermosa no se comparaba con el calor radiante de su pueblo terregoso.

Distingo en mi histerectomía a mi mujer adulta. Aquí me descubrí. Este momento llegó para recordarme que me anhelaba, me necesitaba y me amaba. Me abracé y me sentí. Aquí supe que mi tiempo había llegado. Decidí ser mía.

Mi mujer adulta aprendió que nada en este mundo es eterno, y que Dios es su convicción. Que se apasiona con ab-so-lu-ta-men-te todo. Que la nobleza y empatía la engrandecen. Que el respeto es vital para convivir en armonía. Que comete errores pero aprende de ellos. Que está bien llorar, ya acepta la vulnerabilidad. Que la justicia es algo que se practica día con día. Que la honestidad se fomenta en sus actos. Que ama a su país y quiere ser mejor ciudadana para el mundo. Que no se avergüenza de sus defectos. Que escucha. Que no juzga. Que apoya incondicionalmente. Que valora la amistad y la cuida. Que la familia está primero. Que pelea, sí, y grita mucho también. Que se ríe a carcajadas, escucha música a todo volumen, baila descoordinada y abraza mucho. Que es besucona y da todo el amor que le cabe dentro.

Soy Alis, Licha, Lichita; La Salchichita, esposa del Pollo, mamá de Merab, “la pelos locos”; hija de Habibi Ganem y Finita “la Insaciable Rivas”; hermana de La

Chachita e Himotep; tía de Alejandrowski, Compiri, Gemelito, El Cloncito y El Cachetes, nuera de Paket y Maket, cuñada de Sosi Moso, Tiesto y Mofo. No hay un solo día de aburrimiento en mi vida.

Vísteme despacio que tengo prisa

Llueve. Y mientras el cielo se deja caer con todo, pienso.

Pienso en lo definitivo que es el tiempo, y en lo intransigente que se vuelve. Está ahí sobrevolando nuestras cabezas, suspendido en el mundo invisible, pasando descaradamente advertido. Una magnitud sobrecogedora que nos revienta en la cara la seriedad del asunto. Un monstruo de color fuego que come gomitas como en recreo y vomita en horas, minutos, segundos, y fregaderitas más chiquitas. Este canijo bien hecho que se sienta a observar desde la nada mi deterioro lento. Le llama procesos, ciclos, lo que sea, y aunque presento una guerra sucia que incluye cremas como morteros y vitaminas como bombas, me sigue escupiendo canas, flacidez y arrugas.

Aún en esta melancolía, me siento en paz al mirarme al espejo. Aquí estoy. Plena, completa, funcional, sana. Mi cuerpo ha hecho cosas asombrosas desde siempre y nunca me percaté de eso. Hace tres años tuvo que recordarme que hasta mover una pestaña es un milagro que agradecer diario. Por lo que no, ya no doy por sentado ni el hecho de poder ir al baño.

Estoy feliz con lo que tengo. Me gusta a quién veo. Este cuerpo con su 1.79 me sostiene todos los días. Es delgado, lleno de lunares y pecas, jamás sufrió en la pubertad por acné, ni tuvo la necesidad de hacer dietas para adelgazar, vaya, ni ejercicio para marcar cuadritos. Una chulada. No tiene un busto robusto, pero lo que tiene le sirvió para alimentar a una criatura. Ve la cara de mi esposo al despertar; huele los postres de chocolate; saborea un buen vino; palpa las caras de mis padres; escucha las risas de mis sobrinos; siente tanta felicidad porque mi corazón late y mis pulmones respiran vida... vida que le dio a mi pequeña después de diez horas de parto; caminos que recorre con tranquilidad porque puede andar; abraza con fuerzas porque puede hacerlo; escucha las canciones en la iglesia de cómo agradecen a Dios el estar aquí y ahorita.

Sigue lloviendo. Y yo pienso que ayer, hoy y siempre, soy lo que soy y me encanta.

Arrieros somos, y en el camino andamos.

La rectitud, obediencia, sumisión y apego a las reglas fueron características palpables y vivenciales en mi familia. Si bien mi formación infantil y adolescente estuvo marcada por mucha contención, siempre encontré la manera de permitirme ser. Fui un secreto a voces en mi casa. Cumplía con mis obligaciones, obedecía las reglas. Pero atravesando el portal de casa, mis demonios se liberaban.

Mis demonios eran taimados, sólo necesitaban definirse, descubrir qué y cómo querían ser, encontrarse fuera de las sombras y reconocerse.

En la preparatoria descubrí que el amor puede ser profundo. Esa primera experiencia construyó y definió al primer demonio. La pasión es algo con lo que deben hacerse todas las cosas. Despertó esa necesidad voraz de darle sentido a mi existencia. De cuestionarme si sería capaz de vivir conforme a mis ideales. De pelear, por primera vez en mi vida, una igualdad de oportunidades en casa. De resistirme a hacer lo que en casa decían, de atreverme a romper las reglas, a

disfrutar genuinamente mis relaciones. Fue doloroso darse cuenta que, uno no puede andar por la vida viviendo como otros quieren, y andarse sacrificando por la felicidad de los demás, sin dejarse vivir la propia.

En la Universidad se construyeron los puentes para mi vida adulta. Se reconocieron habilidades y se reafirmaron convicciones. El demonio de la realización asomó la cabeza, y me dio ese pequeño empujón para retar la resistencia de mis padres a dejarme emprender el viaje de mayor significancia en mi vida. Así llegué a Pro Niños en la Ciudad de México. Esa primera oportunidad laboral que me revolcó sin piedad. Me restregó en la cara la disparidad social, las injusticias, las nulas oportunidades de vida que tienen millones de niños en nuestro país. Lo que sufre la gente allá afuera, en el mundo despiadado sin ley y sin justicia. Me hizo agradecer tener a los padres que tengo. Me evidenció mi riqueza material y espiritual. Me hizo vomitar de coraje y llorar todos los días durante tres meses.

Desde ese entonces, combiné la pasión con el asistencialismo. Mis trabajos posteriores se enfocaron más en la búsqueda de un bien común, y no de una acumulación de bienes personales. Mi esencia tomó un significado más espiritual, con mayor propósito. Abracé el lema de que si no vives para servir, no sirves para vivir.

Quiero que todo mundo sea capaz de experimentar para sí, mucha paz y felicidad. Y todas las cosas bonitas para las que fuimos hechos.

No supe, hasta que nació mi hija, que ese mismo día despertaba el demonio más persistente, el que alborotó a mi yo revolucionaria. Por este demonio me convertí en activista, feminista, defensora de los derechos de los más vulnerables. El que puso mi conocimiento al servicio de mi comunidad a través de grupos más estructurados. El que hizo que ampliara mi red de apoyo con mujeres extraordinarias.

Todo tomó más sentido cuando fui consciente que traería a una niña a este mundo. No quería que se sintiera prisionera en su propio hogar, ni que se privara de ser quién es, que no encontrara un espacio seguro conmigo, ni que tuviera una infancia limitada. Deseo un mundo maravilloso, incluyente, donde se le respete por el simple hecho de ser y estar, que tenga libertad de ir y regresar, de expresarse, de encontrar su identidad, de vivirla y ser feliz.

Todos estos procesos han estado documentados en mis escritos, mis blogs, en esa necesidad de comunicarme desde mis trincheras y curarme las heridas. Las palabras me han acompañado desde que tengo noción. Los libros llenan mis días, el conocimiento nutre mi alma, me da esa tregua entre la estresante realidad y la fantasía de la ficción. Mis días se van en liderar grupos de personas, manejar una casa y criar una niña. Me deleita la cocina, me apacigua la música, bailo desenfrenada descalza, brinco como loca con mi niña en brazos. Abrazo fuerte a todos. Me encanta escuchar, escucho a todos, aunque no pidan ser escuchados. Siento una conexión muy grande con las personas, me arrastra la inquietud de aligerar sus cargas. Soy la solucionadora y facilitadora de mi familia, y encuentro satisfacción al hacerlo.

Son muchos pasos, muchas huellas, muchas rocas, muchos caminos. Ojalá mi montaña sea enorme, tan enorme, que llegue hasta tocar el cielo.

Última uva

Pensaba que desear era para tontos. De niña, la creatividad e imaginación nunca terminaron, le daban vida a los más alocados sueños. Viví en palacios, cambié de príncipes varias veces, estudié en el extranjero, hablaba 80 idiomas, tuve coches cubiertos de chocolate. Cuando las cosas se ponían feas, aventaba los sueños en el juguetero y se quedaban guardados ahí durante la noche.

Hasta que amanecía de nuevo.

Cuando desperté adolescente, los sueños del juguetero desaparecieron. A veces mi alma se preguntaba enamorada dónde estaba el amor, y a veces las voces en mi mente atropellaban con rencor la esperanza. Pero mi amor llegó. Llegó y durante tres años lo disfruté, a pesar de que fue una relación prohibida en casa. La religión y su peso rondando siempre en mi hogar. En esta adolescencia me convertí en esa persona que quería brindar por todo y lo que fuera. Me sentaba en un sillón y disfrutaba ver a todos reír a mí alrededor. Las risas eran lo que yo anhelaba más.

Gente socializando, abrazándose, riendo, siendo felices. Guardé el aprendizaje de la adolescencia en montones de cajas de zapatos, en un clóset repleto de prendas innecesarias.

Ahora que soy adulta, y que la técnica Marie Kondo ha inundado mis días, desempolvo esas cajas de zapatos, y las abro cuidadosamente para apreciar los tesoros que guardé. Tiro las frustraciones y rencores a la basura. A veces revivo los momentos que se durmieron esperando a ser vividos y enloquezco de alegría al vivirlas. A veces me detengo y dejo pasar el tiempo sin deshacerme de nada porque me inunda la nostalgia. A veces comprendo que no todo lo que anhele será como lo pido. A veces simplemente me sorprenden con cosas mejores. A veces me posee la sensación de que la vida está al completo allí, en esas cajas, en ese clóset, con esos recuerdos. Después, me doy cuenta que soy dueña absoluta de esas cajas y su contenido. Y que como niña, puedo sacar y guardar las cosas de su interior, haciéndolas lucir brillantes y emocionantes que como antes.

Ya no pienso que desear sea de tontos. Es de expertos. Expertos en paciencia, en resiliencia, en amor propio, en lucha, en dolor, en esperanza. A veces desear es lo único que queda. A veces.

Ichigo-Ichie

No recuerdo cuando empecé a hablar, ni cuál fue la primera palabra pronunciada. Mamá dice que fue “mamá”, papá dice que fue “papá”; creo que nunca lo sabré, e intento no mortificarme por todo aquello que no recuerdo de mi propio proceso de crecimiento.

Hay veces en que me dan ganas de asombrarme de nuevo con cada sonido, con cada objeto; vivir apasionadamente la primera reacción ante todo, tener ojos de desconcierto, aventarme risas más genuinas, volver a las emociones primitivas y no manipuladas; dejar que la sorpresa llegue y descubrir de nuevo las palabras.

Sí, las palabras. Las palabras como pasos chiquitos hacia un mundo menos complejo. Impresas, leídas, escuchadas, pronunciadas, silenciosas, pintadas, balaceadas sobre espacios blancos. Sí, las palabras. Las palabras como camino al autodescubrimiento, llano, plano, compacto, preparado. De fondo, altruistas, sin

decadencia, con permanencia voluntaria, selectivas.

Sí, las palabras. Las palabras como individuos, maldicientes, abrazadoras, aplastantes, manipuladoras, condescendientes.

Sí, las palabras. Las palabras como refugio, cuidadosas, piadosas, amantes, seductoras, instructivas.

Sí, las palabras. Mis palabras, mis aliadas. Descriptivas, expresivas, consoladoras, hirientes, fuertes, claras, directas, cursis, apasionantes, concretas, definidas, redondas, rojas, alarmantes, manipuladoras, poéticas, creativas, sensibles. Ideales, únicas e irrepetibles.

Sí, las palabras. Las palabras como inicio, intermedio y final. Las palabras como definición de las emociones. Las palabras como construcción del yo interior. Las palabras como estructura del mundo.

Sí. Las palabras. La mía que empieza con *Ichigo-Ichie*. Siempre, constantemente, todos los días, aquí, ahora, en este momento. Porque no hay otro momento. Somos irrepetibles. Fugaces. Voraces.

La aprendí hace 4 años, cuando casi me muero. Cuando me fui a la infinidad del cielo para traerme de entre las estrellas a mi princesa guerrera, mi Merab. Mi habibati. Mi hija.

En el silencio del universo nos encontramos, nos tomamos de la mano, y volvimos juntas a este mundo. Ella tan chiquita, y yo tan, rota. Me despedazaba en una cama de terapia intensiva, luchando contra las sombras de la muerte y del más allá que me llamaban. Y yo no quería. Me resistía a la idea de haber luchado tanto para no disfrutarnos en este plano.

Entonces, no sé cómo, buscaba en mi cabeza palabras, frases, oraciones, canciones, lo que sirviera que me recordara que debía estar aquí y ahora. Concentrada en quedarme. Y como si nada, por la puerta de mi cuarto en terapia, entró una enfermera japonesa. Ella todo era sensata, *petitte*, agradable, sonriente, muy zen, con un gran *chi*. Y yo quería de eso, necesitaba de eso. Como la desvergonzada que soy, le preguntaba y ella me respondía. Aprendí de su vida tanto como me dejó. Y de ella aprendí el *Ichigo-ichie*. Hay libros y muchas cosas para aprenderlo. Pero a mí me bastó con saber que es una filosofía de vida que te invita a vivir aquí y en el ahora, abrazando cada momento, sin desperdiciar nada. Contemplándolo todo con detenimiento, sacándole provecho al detalle del instante, registrando en tu cabeza que ese sea, quizás, algo que no volverás a vivir.

Viví y pretendo vivir así. Con todas las palabras tatuadas en mi ser. Encuentro en ellas una manera muy sutil de darle sentido a todo. Muy, *Ichigo-Ichie*.

Winter Winds

Me senté en la cajuela de la van. Mi cabeza estaba tan enredada como esa *Dirt Bike* Honda roja a la espalda. Sin vuelta atrás, dije, más hacia adentro y con miedo.

Desenganché sus cuerdas, y las del corazón también. Acá voy. Jamás creí que pudiera bajarla, por eso desvié la mirada hacia sus manos que la llevó de la van al piso, sin más. Hombres.

Entré en esas botas de *rider* y me afirmé... como nunca, sobre pies. Bien,

bien. No puedo caminar, ¿pero qué hago? Estas porquerías pesan tanto que apenas si puedo despegar las plantas del suelo. Sin debilidad, *hard core*, ruda.

Y entonces todo mi cuerpo respondió a la sensación familiar de lo desconocido, comenzó a formar sonidos detrás del cerebro y entre mis orejas hasta que creí escuchar la rola completa en los oídos. Cerré los ojos y me concentré. Tarareé poco a poco hasta dar el tono. Y empecé a cantar mientras me ponía esos 2 kilos de casco- que haría de protección por si embarraba el cráneo en aquellos árboles de allá, que yo vi y ustedes tendrán que imaginar.

*Oh the warmth in your eyes swept me into your arms
Was it love or fear of the cold that led us through the night?
For every kiss your beauty trumped my doubt.*

En 30 minutos me explicaron el funcionamiento básico de esta moto. Perfecto, seguro ahora me estrello, desbarato la Honda, me endeudo como nunca, y si bien me va, me muero. ~~No, no~~. Bueno, sí. Sí puedo, pero ¿podría repetirme cómo dar gas? ¿y el freno? ¿qué dijo de pisar y dar al mismo tiempo? Carajo, que la mecánica no la entiendo en español, menos en francés. ¿Y si mejor lo beso y nos vamos?

*And my head told my heart,
"Let love grow"
But my heart told my head,
"This time no, this time no"*

Enciendo. Doy gas. Temblequeo. Ojos cerrados. Manos sudadas. ~~Don't let go~~. Ok, *do. Do it*. Solté el freno y brinqué hacia delante sobre 130 kilos de metal. Sus ruedas me lanzaban sobre tierra, y me llevaban por baches. Brincaba, y mi trasero lo soportaba, con dolor, pero heroico. Mi mente no pensaba, cantaba. Rock. Una y otra vez. El coro, no importa, otra vez... tercera estrofa... no recuerdo, recuerdo que... iba así. ~~No, no, no~~, es que el cantante no pronuncia bien las palabras. ¿Dónde está él? Ah... allá va, veo su nuca. Moto, ve tras él. Oh viento, adrenalina pura.

*We'll be washed and buried one day my girl
And the time we were given will be left for the world
So let the memories be good for those who stay*

Una vuelta. Dos. Otra más... quiero ver que hay más allá. ¿Es mi imaginación o eso que pasó fue un ratón? El sudor se metió en el ojo izquierdo. Pica. Pero me vale un cuerno porque soy hija de mi papá. ¿Y si acelero? Me dijo que no subiera de diez, pero ¿dónde marca si voy a más de diez? Esto se siente como un siete; y el ojo derecho ve borroso. Ay, ese bache me pasó de siete a seis... subamos a diez, subamos a diez. Vayamos a ver si es un ratón o esta imaginación poquitera que me hace ver roedorcitos en lugar de animalotes. Moto:

ve tras él.

*And if your strife strikes at your sleep
Remember spring swaps snow for leaves
You'll be happy and wholesome again
When the city clears and sun ascends*

Lo vi -no al roedor- sino al hombre que seguí hasta acá. Despreocupado. Sin casco. Sonriendo, malditamente sonriendo de lado. Y me hace señas, y no las entiendo, y quiero frenar pero no puedo. ¿Por qué no puse atención? Si tan sólo hubiera escuchado lo que me decía en lugar de ver sus manos al hablar. ¿Ahora cómo hago para frenar en seco, cuando voy a más de diez? Porque maldita sea... eso se sintió a 100.

Mi rola sigue y sigue como en el clímax... un final muy rockero donde... el cantante se arrepiente y... escucho un "*hit the break, hit the break*"... pues que "hitié" el *break*, una llanta se amarró, la honda se coleó y salté. Bien bonito que salté. Acá está, no me morí de una estupidez, sólo de vergüenza.

Su cejo fruncido mientras corroboraba huesos intactos, me hizo suponer que esto pasaría de ser diez... a un ciento diez.

Game over.

And my head told my heart,

"Let love grow"

But my heart told my head,

"This time no, this time no"

Y ya que la canción no tiene nada que ver con esto, pues no, o sí. A veces la música se me presenta como revelación en momentos así. Lo que es cierto, es que esta es mi estrella: la adrenalina pura de vivir, sentir, dejarme llevar. *Ichigo-Ichie*.

Samûn

Comencé siendo viento de invierno, fría, ausente, vacía con dejos de soledad y melancolía. Terminó siendo viento de desierto, rojo, seco y abrasador.

Descubrí que la sequía mental, espiritual o emocional no es impedimento para que en mí la vida siga fluyendo; es más característica de la ciudad en la que resido y en mi estilo de vida: aquí, la vida en desierto es más recia, rejega, peligrosa, fuerte, resistente y requiere menos cuidados. No necesito tanto, y lo tengo todo.

Hoy, el rojo abrasivo del viento de desierto me recuerda las pasiones que regresaron a mí: estudiar lo que siempre quise estudiar; seguir ayudando con coraje, ánimo y pasión a las mujeres; reinventarme desde mi religiosidad y congraciarme con el mundo.

Mi esencia ya no es fría, ni me respiro ausente y mucho menos vacía. Es abrasadora la forma en que descubrí que mi pasado está lleno de aprendizajes, que poseo el conocimiento que necesito para transformar mi presente, que rompí las conexiones con el dolor y me reconcilié con mis diferencias. Recordé lo que es respirar y traerme al aquí y al ahora de mi vida.

Entendí que me gusta la calidez de mi desierto, y me escondo en los abrazos, sonrisas y arrumacos de los míos, con fuerza. Este recorrido me hizo enterrar la cabeza en mis sentimientos, sacudirlos y revivirlos.

Hoy me siento muy mía, he creado un desierto vivo en el que puedo vivir segura. Hay cosas que seguir trabajando, indagando, analizando, descubriendo; esa travesía será a través de la escritura seguramente. Ejerciendo mi derecho a ponerle palabras a todo.